

CUBA Y LA NUEVA “MAREA ROSA”

CUBA AND THE NEW “PINK TIDE”

Matías Mongan Marco

Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, España
matias.mongan@uam.es

Recibido: agosto de 2022
Aceptado: noviembre de 2022

Palabras claves: “marea rosa”; autonomía; dependencia; permisibilidad internacional; viabilidad nacional; integración regional.

Key words: “pink tide”, autonomy; dependency; international permissibility; national viability; regional integration.

Resumen: En los últimos cinco años América Latina ha evidenciado un paulatino giro a la izquierda, lo que ha llevado a que algunos analistas como Jorge Castañeda (2021) y Andrés Oppenheimer (2022) ya hablen sobre una nueva “marea rosa” en la región. El nuevo contexto político regional ha llevado a que el gobierno de Miguel Díaz-Canel se ilusione con la posibilidad de que Cuba recupere los niveles de autonomía que disfrutó durante el denominado “regionalismo post-liberal” (2003-2015). En este marco, el presente artículo se propone: 1) identificar las nuevas oportunidades de inserción internacional que se abren para Cuba en esta nueva etapa y 2) analizar en qué medida la nueva “marea rosa” puede contribuir a que el país recupere los niveles de autonomía que disfrutó durante el “regionalismo post-liberal” y fortalezca así su maltrecha viabilidad nacional.

Abstract: In the last five years Latin America has shown a gradual shift to the left, which has led some analysts such as Jorge Castañeda (2021) and Andrés Oppenheimer (2022) to talk about a new “pink tide” in the region. The government of Miguel Díaz-Canel expects that the new regional political context will allow them to retrieve the same levels of autonomy that Cuba enjoyed during the so-called “post-liberal regionalism” (2003-2015). In this sense, this article aims to: 1) identify the new opportunities for international insertion that are opening up for Cuba in this new phase and 2) analyze to what extent the new “pink tide” can contribute to Cuba regaining the levels of autonomy it enjoyed during “post-liberal regionalism” and thus strengthen its battered national viability.

1. Introducción

Tras años de estar sumida en una profunda polarización política que atentó contra el desempeño del proceso de integración latinoamericano, en los últimos cinco años

el panorama político regional ha evidenciado un paulatino, pero sostenido, giro hacia la “izquierda”. Una tendencia que se inicia con el ascenso al poder de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en México en 2018 y de Alberto Fernández en Argentina en 2019, y que luego continúa con el triunfo de Luis Arce en Bolivia en 2020, de Pedro Castillo en Perú, de Gabriel Boric en Chile y de Xiomara Castro en Honduras a fines del año pasado. Por último tenemos que añadir la resonante victoria de Gustavo Petro en Colombia, lo que va a permitir que por primera vez en la historia un líder de “izquierda” llegue a la Casa de Nariño.

En este marco algunos analistas como Jorge Castañeda (2021) y Andrés Oppenheimer (2022) hacen hincapié en que estaríamos en presencia del nacimiento de una nueva “marea rosa”, un nuevo ciclo político regional que podría terminar de consolidarse luego de las cruciales elecciones que se desarrollaran en Brasil el 30 de Octubre próximo y en las que ex presidente Lula da Silva aparece como el principal candidato para ganar los comicios. “Si la izquierda gana en Brasil y en Colombia, como sugieren algunas encuestas, los 7 países más grandes de la región y más del 85% de la población de América Latina vivirían en países dirigidos por gobiernos de centroizquierda o de izquierda” (Oppenheimer, 2022), concluye Oppenheimer.

Utilizando las herramientas teóricas brindadas por la Escuela de la Autonomía, el artículo intenta dar respuesta (principalmente de forma cualitativa) a los siguientes interrogantes: ¿El nuevo escenario político regional puede contribuir a que Cuba recupere los niveles de autonomía que disfrutó durante el regionalismo post-

liberal?, y ¿Qué oportunidades de inserción internacional se abren para el país ante la llegada de la nueva “marea rosa”?

El artículo está estructurado en base a la siguiente hipótesis, cuyos postulados serán confirmados, o refutados, al final del mismo: No obstante que el “giro a la izquierda” de América Latina aumenta las posibilidades de inserción internacional de Cuba, este nuevo “marco para la acción” (Cox, 1986) no necesariamente tiene porque implicar un beneficio para la viabilidad nacional cubana o generar una mayor permisibilidad internacional para el país, como por ejemplo ocurrió durante el “regionalismo post-liberal” (2003-2015), más aún teniendo en cuenta que, como sostiene Mesa-Lago (2019), actualmente no hay en la región un país capaz de reemplazar a Venezuela en su apoyo económico a Cuba y/o en condiciones de restablecer las bases del proceso de integración regional como por ejemplo hizo el Brasil de Lula a comienzos del siglo XXI.

El contenido está distribuido de la siguiente manera. En el primer segmento desarrollaremos los principales postulados teóricos de la Escuela de la Autonomía, haciendo especial hincapié en los dos requisitos de carácter habilitatorio que, según Helio Jaguaribe (1979), todo país debe cumplir para acceder a la autonomía: la viabilidad nacional y la permisibilidad internacional. Luego haremos un breve repaso del escenario político regional para establecer hasta qué punto es apropiado hablar sobre una nueva “marea rosa” en la región, intentaremos sintetizar las principales características que identifican a estos nuevos gobiernos “progresistas” para así poder diferenciarlos de los que predominaron en Sudamérica a comienzos del siglo XXI. Por último analizaremos las oportunidades de inserción

internacional que se abren para el gobierno de Miguel Díaz-Canel en esta etapa y determinaremos en qué medida el nuevo escenario político regional puede contribuir a que Cuba recupere los niveles de autonomía que disfrutó durante el “regionalismo post-liberal” y sobre todo fortalezca su maltrecha viabilidad nacional.

2. La autonomía, uno de los aportes teóricos más importantes del Sur Global a las RI

A pesar de no haber logrado “viajar” más allá de América del Sur y de ser sistemáticamente ignorada por el mainstream de la disciplina, a partir de un enfoque que dio “primacía a lo práctico” (Tickner, 2008) la Escuela de la Autonomía logró convertirse en uno de los aportes teóricos más importantes del Sur Global a las Relaciones Internacionales (RI) a tal punto que aún en la actualidad ejerce una influencia determinante en la política exterior de países como Argentina y Brasil.

Más allá de que un sinnúmero de autores pueden ser englobados dentro de esta corriente de pensamiento, el paradigma autonomista, en buena medida, se estructura a partir de los trabajos *pioneros*¹

1. Entre los trabajos más representativos de ambos autores podemos destacar las siguientes obras: Jaguaribe, Helio (1969), Dependencia y autonomía en América Latina, en Helio Jaguaribe (coord.) et al., *La dependencia político-económica de América Latina* (pp.23-80), Siglo XXI; Jaguaribe, Helio (1973), *Desarrollo económico y político*, Fondo de Cultura Económica; Jaguaribe, Helio (1979), Autonomía periférica y autonomía céntrica, *Estudios Internacionales*, 12(46), pp. 91-130; Puig, Juan Carlos (1971), La vocación autonomista en América Latina: heterodoxia

realizados por Helio Jaguaribe y Juan Carlos Puig. Si bien la labor investigativa de ambos autores se concentra en un mismo fenómeno- la autonomía-, sus enfoques, advierten Lorenzini y Pereyra Doval (2013), ponen el énfasis en aspectos diferentes. Siguiendo a Bologna² “el aporte de Puig se centra en el estilo o práctica autonomista que deben adoptar los países de América Latina, en cambio, el aporte de Jaguaribe pone el énfasis en las condiciones del accionar internacional”. Un matiz, aseguran las autoras, que en parte explica los distintos modelos de inserción internacional adoptados por Argentina y Brasil durante la Guerra Fría (Lorenzini, Pereyra Doval, 2013: 19).

De acuerdo a la óptica de Puig y Jaguaribe, la búsqueda de una mayor autonomía suele estar condicionada por factores que hacen tanto a la estructura internacional como a la agencia. Como bien señala Bologna, mientras Puig pone el foco en las elites políticas y resalta la importancia de que estas expresen una clara “vocación autonomista” en vistas a intentar reducir los niveles de dependencia de los países periféricos “mediante maniobras estratégicas que se basen en un diagnóstico político acertado” (Puig, 1984:49) el enfoque de Jaguaribe le da una mayor relevancia a lo que, en léxico neorrealista, podríamos denominar “constreñimientos

y secesionismo, *Revista de Derecho Internacional y Ciencias Diplomáticas*, 39/40, pp. 60-66; Puig, Juan Carlos (1980), *Doctrinas internacionales y Autonomía latinoamericana*, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América; Puig, Juan Carlos (1986), Integración y autonomía en América Latina en las postrimerías siglo XX, *Integración Latinoamericana*, 11(109), pp. 40-62.

2. Bologna, Alfredo (1987), Teorías y propuestas de Relaciones Internacionales para los países del Sur, en Cuadernos de Política Exterior, Serie Documentos de Trabajo n° 1, CERIR, Rosario, p.21.

estructurales” (Waltz, 1979), los cuales, según su perspectiva, limitan el margen de acción internacional de la periferia y determinan que la gran mayoría de los países latinoamericanos se encuentren inmersos en una situación de “dependencia” (Jaguaribe, 1979:98).

Para hacer frente a un sistema internacional *jerárquico* que prioriza los intereses del “centro” por sobre los de la “periferia”, los autores hacen hincapié en la necesidad de que los países latinoamericanos impulsen políticas externas autonomizantes lo que permitiría que algunos de ellos, sólo los que reunieran determinadas condiciones materiales e ideacionales, puedan superar el estado de dependencia y pasen a un status de autonomía (Briceño Ruiz, 2019: 126).

Para ello es que debían cumplir con una serie requisitos de carácter habilitatorio: la viabilidad nacional y la permisibilidad internacional.

“En lo fundamental, la viabilidad nacional de un país depende, para un determinado momento histórico, de la medida en que disponga de un mínimo crítico de recursos humanos y naturales -territorio, población, recursos estratégicos-, incluida la capacidad de intercambio internacional” (Jaguaribe, 1979: 96). De esta forma, añaden Simonoff y Lorenzini (2019), Jaguaribe alude a un conjunto de requisitos precisos para satisfacer las necesidades básicas y de producción de bienes, asignándole un rol muy activo al Estado el cual es responsable de impulsar políticas públicas para mejorar la inserción internacional del país (Simonoff, Lorenzini, 2019:98).

Al igual que la propia autonomía, la viabilidad nacional es una categoría relativa que varía con las circunstancias históricas y dentro de ciertos límites con las carac-

terísticas socioculturales de cada país. “Cuanto más exigentes las condiciones generales de una época, especialmente en lo que se refiere a las tecnologías y a las escalas mínimas de operabilidad que se deriva de tal tecnología, mayores serán las masas mínimas de recursos humanos y naturales necesarios, así como sus características cualitativas” (Jaguaribe, 1979:96), advierte Jaguaribe.

La categoría de permisibilidad internacional, por otra parte, es de más difícil caracterización. Se refiere fundamentalmente a la medida en que, dada la situación geopolítica de un país y sus relaciones internacionales, este disponga de condiciones para neutralizar el riesgo proveniente de terceros países dotados de suficiente capacidad para ejercer sobre él formas eficaces de coacción. Estas condiciones podrían ser puramente internas, como el desarrollo de una apropiada capacidad económico-militar, o también externas como el establecimiento de convenientes alianzas defensivas (Jaguaribe, 1979:96-97). La permisibilidad internacional, afirman Simonoff y Lorenzini, alude “a las condiciones de posibilidad de un Estado o de un conjunto de Estados para emprender una estrategia autonomizante tomando en cuenta el estado de situación –flexibilidad/rigidez- o el grado de condicionamientos que el sistema internacional, específicamente los Estados que conforman el oligopolio de poderes, ofrece”(Simonoff, Lorenzini, 2019: 99).

Más allá de que, como señala Míguez (2017: 212), Puig plantea la posibilidad de que los países periféricos impulsen estrategias autonomizantes en el marco de relaciones internacionales asimétricas e incluso desde una posición de marcada subordinación como es la “dependencia nacional”, a lo largo de sus trabajos, sos-

tienen Pinheiro y Soares de Lima (2018), el autor siempre presenta a la dependencia y a la autonomía como opuestos. De ahí se entiende la importancia que Puig, y sobre todo Jaguaribe, le dan al concepto de viabilidad nacional, a tal punto que, como ha señalado Raúl Bernal Meza (2013), el tránsito de la “dependencia” a la “autonomía” sólo podría darse en la medida en que los países logren construir un modelo de desarrollo viable que sirva de sustento de la política externa autonomista.

Este enfoque restringe el alcance de la autonomía a aquellos países que tengan las capacidades relativas de poder para implementar una política de esas características (léase las potencias medias) y subestima la capacidad *transformadora* que puede llegar a tener la agencia en determinados contextos como por ejemplo cuando se registran disputas por esfera de influencia en el sistema internacional.

Un ejemplo paradigmático en este sentido es el gobierno de Getulio Vargas, quien entre 1935 y 1942, de acuerdo a la opinión de Gerson Moura (1980:189), logró establecer una “equidistancia pragmática” respecto a la incipiente disputa por esferas de influencia que en ese momento llevaban adelante Estados Unidos y Alemania en América Latina y de esta forma fortalecer la viabilidad nacional de Brasil. Una estrategia de inserción *pen-dular* a la que el autor denominó como “autonomía en la dependencia”.

Para que este tipo de iniciativas puedan prosperar es imprescindible que la política externa autonomista parta de una correcta lectura del sistema internacional sino, caso contrario, los países periféricos, parafraseando a Carlos Escudé (2012:101), pueden incurrir en un mero consumo de autonomía cuando en realidad lo que deberían tratar de conseguir es su inversión.

Así, por ejemplo, dentro los casos “exitosos” que dejan en evidencia la importancia de la agencia en la autonomía podríamos mencionar el aprovechamiento que hizo Cuba del conflicto bipolar para asegurarse un nivel mínimo de permisibilidad internacional durante la Guerra Fría y lograr así avances en lo que hace a su viabilidad nacional (sobre todo en materia de salud y educación). Algo similar ocurrió durante el período 2003-2015, cuando el país caribeño sacó provecho de las oportunidades que brindaba el escenario internacional post 11 de Septiembre del 2001 y consiguió ampliar su margen de acción internacional principalmente por intermedio de la adhesión a una serie de iniciativas multilaterales -como por ejemplo el ALBA-TCP- que le permitieron robustecer su maltrecha viabilidad nacional y dejar atrás las secuelas socioeconómicas del “Periodo Especial”.

Dentro de los ejemplos en los que, en cambio, podríamos concluir que el gobierno cubano construyó su política exterior a partir de una percepción *errónea* del sistema internacional se destaca la falsa creencia de que el triunfo de Joe Biden en las elecciones presidenciales Estados Unidos 2020 automáticamente iba a permitir restablecer la dinámica de cooperación alcanzada durante los últimos dos años del mandato de Barack Obama (2009-2017).

Este tipo de situaciones, afirman Briceño Ruiz y Simonoff (2017), deben servir como recordatorio para los tomadores de decisión de que el objetivo central de una política exterior autonomista no debe ser la búsqueda de cualquier tipo de inserción que aumente los márgenes de maniobra de los países de la periferia, sino el fortalecimiento del modelo de desarrollo nacional. “Así, se puede argumentar que

no puede existir autonomía sin inserción, pero puede haber inserción sin autonomía y era justamente esto último lo que Puig y Jaguaribe rechazaban” (Briceño Ruiz y Simonoff, 2017:77).

En este marco, es que a continuación delinearemos los principales puntos en común que unen a los gobiernos de izquierda que han irrumpido en la región durante estos últimos años para intentar determinar hasta qué punto es viable poder hablar sobre una nueva “marea rosa” en Latinoamérica y luego analizaremos las oportunidades de inserción internacional que se abren para Cuba en esta nueva etapa. Este último ejercicio apunta a determinar en qué medida el nuevo escenario político regional puede contribuir a que el país caribeño recupere los niveles de permisividad internacional y, sobre todo, viabilidad nacional que disfrutó durante el período 2003-2015.

3. ¿Realmente podemos hablar sobre una nueva “marea rosa” en Latinoamérica?

Para intentar responder a este interrogante primero debemos explicar que se entiende dentro de la literatura por “marea rosa”, delinear sus principales características para luego si poder comparar las similitudes y diferencias que existen entre los gobiernos de izquierda que proliferaron en la región a comienzos del siglo XXI y los que gobiernan en la actualidad.

Para comenzar es necesario remarcar que los orígenes del término, el cual rápidamente se popularizó entre los ámbitos académicos y periodísticos, se atribuyen al periodista del New York Times, Larry Rohter (2005), quien utilizó ese calificativo

para describir el impacto regional de la asunción al poder de Tabaré Vázquez en Uruguay en marzo del 2005. “No son tanto una marea roja como una rosa. El socialismo doctrinario se impone mucho menos que el pragmatismo, un importante cambio de tono y de política que hace que este momento político sea decididamente nuevo”³ (Rohter, 2005).

A pesar de simpatizar con los símbolos y en ocasiones utilizar la retórica de la izquierda revolucionaria de la década de los sesenta/setenta -de la cual Cuba es el ejemplo paradigmático-, los gobiernos de la “marea rosa”, añade Rohter, han demostrado que están dispuestos a actuar siguiendo las reglas del juego establecidas incluso si eso les obliga a abandonar sus objetivos ideológicos más preciados. “Con la clara excepción del presidente Hugo Chávez en Venezuela, que es el más ardiente y provocativamente populista que la mayoría”⁴ (Rohter, 2005).

Otro término que también suele ser utilizado dentro de la academia para describir a los gobiernos de izquierda latinoamericanos de la primera década del siglo XXI es el de “progresistas”, un calificativo, afirma Maristella Svampa (2017), que era recibido con agrado por los mandatarios de la región. “Para designar a estos nuevos gobiernos, se impuso como lugar común la denominación genérica de progresismo; si bien tiene el defecto de ser demasiado amplia, esta categoría permite abarcar

3. Fragmento original: “They are not so much a red tide as a pink one. Doctrinaire socialism carries the day far less than pragmatism, an important change in tone and policy that makes this political moment decidedly new”. Traducción propia.

4. Fragmento original: “With the clear exception of President Hugo Chávez in Venezuela, who is more fiery and provocatively populist than most”. Traducción propia.

una diversidad de corrientes ideológicas y experiencias políticas gubernamentales, desde aquellas de inspiración más institucionalista hasta las más radicales, vinculadas a procesos constituyentes” (Svampa, 2017: 51).

Este concepto muchas veces fue utilizado por el mainstream para diferenciar a la izquierda “buena”, como por ejemplo el Brasil de Lula da Silva (2003-2010) que no impugnaba el status quo internacional y que se caracterizó por impulsar una estrategia de inserción internacional centrada en el *soft power*, de la izquierda “mala” como la Venezuela de Hugo Chávez (1999-2013), o “populista” y “autoritaria”, que adoptó una postura de corte más revisionista y que intentó, sin éxito, amparada en sus excedentes petroleros impulsar un nuevo esquema de integración regional (la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América – Tratado de Comercio de los Pueblos), en cuya creación Cuba tuvo un rol preponderante (Gratius, Puente 2018, Benzi 2016, Yaffe 2013).

Más allá de los nombres que se le quieran dar a estos gobiernos en cuestión, lo cierto es que estos *dos* tipos de izquierda nacieron, asegura Sanahuja (2009), como consecuencia del agotamiento del modelo de desarrollo neoliberal propuesto por el “regionalismo abierto” (1990-2005) y promovieron un regionalismo “post-liberal”⁵ (bajo cuya denominación el autor engloba a la Unión de Naciones Sudamericanas y

5. Este enfoque de la integración regional también es conocido dentro la literatura como “regionalismo post-comercial” (Tussie y Trucco, 2010), “regionalismo post-neoliberal” (Grugel y Riggirozzi 2012, Rovira Kaltwasser 2011, McDonald y Rückert, 2009) y “regionalismo post-hegemónico” (Briceño- Ruiz, Ribeiro Hoffmann 2015, Tussie y Riggirozzi 2012, Acharya 2009, entre otros).

al ALBA) que puso énfasis en la agenda “positiva” de la integración. Esta situación condujo a la creación de instituciones y políticas comunes que profundizaron la cooperación en el ámbito político en desmedro de la agenda económica y comercial, lo que a su vez contribuyó a impulsar mecanismos de cooperación sur-sur que perseguían el objetivo de reducir las asimetrías en los niveles de desarrollo de los países latinoamericanos (Sanahuja, 2009: 22-23).

En buena medida, proyectos regionales como UNASUR, la CELAC, y sobre todo el ALBA, pudieron ser llevados adelante gracias a un contexto internacional marcadamente favorable para los países de la región, entre las características salientes del período 2003-2015 podemos destacar el elevado precio de las materias primas en el mercado internacional, la crisis financiera en las naciones del Norte y el consiguiente protagonismo adquirido por las potencias emergentes que hacían pensar que estábamos dejando atrás el “unipolarismo” de la post-Guerra Fría para adentrarnos en un mundo cada vez más “multipolar” (Hurrell 2007, Haas 2008, Flandes y Nolte 2008, Nederveen Pieterse 2008, Barbé 2010, Badie 2013).

En este contexto, asegura Sanahuja, es que países como Brasil y Venezuela expresaron, utilizando las palabras de Puig (1971), una clara “vocación autonomista” y dejaron en evidencia su intención de ejercer un liderazgo en Sudamérica. Para ello es que utilizaron a los organismos de integración como herramienta para acumular *soft power* y de paso contrabalancear los intereses de Estados Unidos en la región (Walt 2005, Hurrell 2005, Pape 2005).

A pesar de la influencia positiva de la política exterior “bolivariana” de Hugo

Chávez, la cual, según el autor, contribuyó a ensanchar el debate político sobre la integración regional y a revalorizar la importancia de la agenda social y el tratamiento de las asimetrías intra-bloque (un fenómeno descuidado durante el período anterior), las propias debilidades intrínsecas del ALBA complotaron contra su proyección internacional. A esto tenemos que agregar, añade Sanahuja, que Brasil era el único país con la capacidad económica y política necesaria para asumir los costes reales del liderazgo regional. “Por todo ello, la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) parece alzarse como el proyecto regional más relevante y viable en el espacio suramericano, y como verdadero “caso de prueba” del “regionalismo post-liberal” (Sanahuja, 2009:45).

Esta es una de las principales diferencias que podemos encontrar respecto al escenario internacional actual. Mientras durante la “marea rosa” los países disfrutaron de un alto nivel de permisibilidad internacional y los regímenes internacionales regulaban el quehacer internacional, en la actualidad, en cambio, las naciones latinoamericanas deben lidiar con un sistema internacional “anárquico” y marcado por la creciente disputa por esferas de influencia entre Estados Unidos y China.

En vista de los últimos sucesos ocurridos a nivel internacional, entre los que se destaca la Guerra en Ucrania, no sería exagerado argumentar que los organismos multilaterales y regionales, retomando los argumentos del referente de la Teoría Crítica, Robert Cox (1981), paulatinamente parecieran haber ido quedando *desfasados* respecto a la nueva realidad internacional. Una muestra de ello es que siguen operando con la misma lógica que utilizaban durante el orden mundial liberal, desconociendo de esta forma los cambios

registrados en el balance de poder durante estos últimos años lo que contribuye a socavar su eficiencia como medio para regular el conflicto y por tanto su función hegemónica (Cox,1981:143).

Esta situación resulta sumamente perjudicial para países periféricos como Cuba, ya que, a diferencia de lo ocurrido en el período 2003-2015, impide que la nación caribeña pueda utilizar a los organismos de integración como herramienta para fortalecer su maltrecha viabilidad nacional (como por ejemplo ocurrió con el ALBA) o para hacerse con un mayor margen de permisibilidad internacional (como le permitió la CELAC).

No obstante que el fin del “empate catastrófico” (Mongan, 2018) abre nuevas oportunidades de inserción internacional para Cuba, actualmente no existe en la región un país en condiciones de liderar el proceso de integración regional como por ejemplo ocurrió durante la “marea rosa” con Brasil y Venezuela.

Sólo un puñado de países podrían ocupar una posición de esas características, de este lote hay que descartar a Chile ya que a pesar de que el presidente Gabriel Boric en más de una ocasión ha sido presentado como la “nueva cara” del progresismo latinoamericano (Capdevila 2022) el país trasandino carece de los atributos de poder necesarios para desempeñar una posición de liderazgo en la región además de que el mandatario deberá concentrar sus esfuerzos en responder a la agenda de *cambio* que lo llevó al Palacio de la Moneda, impidiéndole de esta forma poder desempeñar un papel más protagónico en el plano externo.

El primero de ellos sería México. Una vez que Donald Trump dejó el poder en enero del 2021, el gobierno de Andrés

Manuel López Obrador decidió que el país emprenda el postergado “retorno” a Latinoamérica y para ello es que adoptó una activa política exterior que persiguió el objetivo de posicionarlo como el líder de la incipiente “marea rosa”.

A pesar de en este último tiempo haber conseguido materializar algunas iniciativas diplomáticas de relevancia, como por ejemplo la suscripción por parte de 18 países en la VI Cumbre de la CELAC, celebrada en México el 18 de Septiembre del 2021, del Convenio Constitutivo de la Agencia Latinoamericana y Caribeña del Espacio, la aprobación del Fondo de Adaptación Climática y Respuesta Integral a Desastres Naturales y del Plan de Autosuficiencia Sanitaria para América Latina y el Caribe, el gobierno mexicano fracasó en su intento de relanzar la proyección internacional de la CELAC -y por extensión la suya propia- a pesar de ostentar la presidencia pro-tempore del organismo durante todo el 2020 y el 2021.

Luego también esta Argentina, la actual presidenta pro-tempore del organismo, quien ha combinado en su política exterior predicas autonomistas con una clara búsqueda por racionalizar los niveles de dependencia. Un ejemplo en este sentido es la polémica suscitada a raíz de la decisión de Estados Unidos de excluir a Cuba, Venezuela y Nicaragua de la Novena Cumbre de las Américas, realizada entre el 6 y el 10 de junio del 2022 en la ciudad norteamericana de Los Ángeles, por considerarlas “autocracias” y no “democracias”. En la antesala del encuentro regional, el presidente Alberto Fernández pasó de remarcar la importancia de tener una “cumbre sin exclusiones” y de hasta coquetear con la posibilidad de armar una “contra-cumbre” aprovechando el andamiaje institucional de la CELAC (re-

plicando de esta forma lo ocurrido en la IV Cumbre de las Américas, desarrollada en la ciudad argentina de Mar del Plata en noviembre del 2005, cuando los países sudamericanos expresaron su rechazo al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) promovida en ese entonces por EEUU) a confirmar luego su presencia en la cita continental a cambio de asegurarse un encuentro bilateral con el presidente Joe Biden en la Casa Blanca (un encuentro que aún no se ha llevado adelante).

Por último está Brasil, la única nación que reúne las capacidades materiales e ideacionales necesarias para ejercer el liderazgo de Sudamérica. En caso de que, como vaticinan la mayoría de las encuestas, Lula regresé a la presidencia lo más probable es que concentre sus energías en la agenda interna y en tratar de revertir las profundas secuelas socioeconómicas generadas por la pandemia del COVID-19 y desista de impulsar una política exterior que apunté a recuperar el “prestigio internacional” (Morgenthau, 1971) alcanzado por Brasil durante sus dos primeros mandatos (2003-2010), cuando el país desplegó un activo proselitismo en los foros internacionales con el objetivo de ampliar su margen de acción externa (un modelo de inserción internacional al que Vigevani y Cepaluni (2007) calificaron como “autonomía en la diversificación”).

Por más que Lula exprese una clara vocación autonomista y tenga la voluntad de reeditar este tipo de iniciativas la realidad económica-institucional del país limita el margen de acción internacional de Brasil, ya que una cosa muy distinta es “hacer región” cuando el precio de tus exportaciones alcanzan picos máximos en el mercado internacional y la economía crece por sobre el 4 por ciento anual -como por ejemplo ocurrió durante el gobierno

de Lula a comienzos del siglo XXI- que hacerlo con un país sumido en una profunda crisis de legitimidad y con una economía que, según estadísticas del Banco Mundial, ha crecido a tasa cero durante los últimos ocho años.

Aunque la Guerra en Ucrania ha provocado un aumento sostenido en el precio de los productos alimentarios y que la disminución de las exportaciones cerealeras de Ucrania y las sanciones comerciales impuestas contra Rusia abren una “ventana de oportunidad” para que los países latinoamericanos productores de alimentos y energía puedan aumentar sus exportaciones, por el momento no se ha registrado un efecto *rebote* en las economías de la región. Una muestra de ello es que, según proyecciones difundidas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) en su informe sobre las Perspectivas Económicas Mundiales (2022) publicado en el mes de abril, el crecimiento del PBI de Brasil durante el 2022 sólo alcanzará a un 0,8% (lo que equivale a una suba de apenas tres décimas en comparación con la anterior medición realizada en enero).

En vista de toda esta situación, es que más que una nueva “marea rosa” lo que vemos es a un conjunto de países que, de forma descoordinada y rigiéndose por una lógica de “auto-ayuda”, están intentando encontrar la mejor forma de posicionarse con la esperanza de así poder reducir su vulnerabilidad internacional en un tablero global cada vez más “anárquico” y “hobbesiano”. Una tendencia que parece acentuarse cada vez más a medida que avanza la crisis del orden mundial liberal creado por Estados Unidos luego del final de la Guerra Fría.

En este contenido, afirman Actis y Malacalza (2021), es que en tiempos de “au-

tonomía líquida” la preservación de los márgenes de maniobra de los países de la región dependerá más de la anticipación y la adaptación que de la rigidez y de que los actores sepan hacer un uso inteligente de las deficientes instituciones regionales existentes. “Quizás el desafío de estos tiempos sea prepararse para los escenarios futuros más restrictivos o adversos, comprendiendo las potencialidades y los limitantes que plantean los entornos mundiales y regionales, para poder articular políticas que contribuyan a alcanzar los escenarios más deseables con objetivos estratégicos de cooperación regional modestos, alcanzables y realizables en el corto y el mediano plazo” (Actis, Malacalza, 2021: 126), concluyen los autores.

4. ¿Qué oportunidades de inserción internacional se abren para Cuba en esta nueva etapa?

Luego del colapso político-económico de Venezuela, el gobierno cubano ha buscado diversificar la balanza comercial para reducir su vulnerabilidad internacional y para acceder a los bienes que imperiosamente necesita una economía inmersa en una prolongada crisis y que actualmente atraviesa profundos cambios luego de la aprobación a comienzos del 2021 de la reforma monetaria y del Decreto-Ley 46/2021 por intermedio del cual se crean las Micro, Pequeñas y Medianas Empresas (MIPYMES).

El ocaso de los gobiernos populistas de derecha y el consiguiente ascenso al poder de líderes con perfiles “progresistas” va a permitir que el gobierno Díaz-Canel estreché los vínculos diplomáticos/co-

merciales y que, de esta forma, el país caribeño deje atrás el relativo aislamiento internacional que padeció durante la era Trump (2017-2021).

Aunque es necesario matizar esta afirmación y dejar en claro que lo más probable es que Cuba no logre recuperar los mismos niveles de inserción internacional que ostentó durante el “regionalismo post-liberal”, ya que el creciente *autoritarismo* de su gobierno ha contribuido a debilitar su poder de atracción internacional y, por ende, su capacidad para generar consensos incluso entre sus propios aliados tradicionales.

Una muestra de ello es que, a pesar de que todo un referente de la nueva “marea rosa” como AMLO haya expresado públicamente su admiración por los logros sociales conseguidos por la Revolución y que los gobiernos de Argentina, Bolivia, Honduras y México hayan rechazado públicamente la exclusión de Cuba de la IX Cumbre de las Américas, otros líderes, como el presidente chileno Gabriel Boric, en cambio han preferido mantener cierta distancia respecto a la administración Díaz-Canel y no han dudado en criticar los avasallamientos contra los derechos humanos ocurridos en Cuba tras las protestas ciudadanas del 11 de julio del 2021.

En el marco del debate llevado adelante el 12 de julio 2021 entre los candidatos de la coalición Apruebo Dignidad, Daniel Jadue (Partido Comunista) y Gabriel Boric (Convergencia Social), el entonces postulante al Palacio de La Moneda “se solidarizó con el pueblo cubano que hoy día se está manifestando en contra del gobierno de Díaz-Canel... Tengo un solo estándar en materia de violaciones a los derechos humanos, son inaceptables y por lo tanto nosotros desde nuestro gobierno vamos

a condenar y contribuir con el multilateralismo a evitar que estas se produzcan en cualquier lugar del mundo, respetando por cierto la autonomía y la autodeterminación de los pueblos”, resaltó el entonces parlamentario, quien a su vez agregó que “para la izquierda chilena ha sido difícil tener un solo estándar en la condena de las violaciones a los derechos humanos” (Meganoticias, 2021, 53m09s).

Además de este problema más bien vinculado a la *agencia*, podemos identificar otros obstáculos relacionados con la *estructura* que limitan el margen de autonomía de Cuba e impiden que el país pueda fortalecer su viabilidad nacional o asegurarse incluso un nivel mínimo de permisividad internacional, tal como por ejemplo ocurrió durante el período 2003-2015.

El principal sin dudas es la crisis del regionalismo latinoamericano. En el paradigma autonomista los organismos de integración fueron pensados como una herramienta para maximizar la capacidad de decisión externa y fortalecer el modelo de desarrollo regional, tal como por ejemplo proponía Raúl Prebisch y su propuesta de crear un Mercado Común Latinoamericano (1959) para impulsar el proceso de sustitución de importaciones y ahondar la exportación recíproca de productos industriales entre los países de la región. No obstante esta situación, el miedo a que las ganancias relativas de los países vecinos superen las propias muchas veces terminó complotando contra los esfuerzos integracionistas y contribuyendo a que la autonomía opere siguiendo “un juego estratégico suma cero en el cual alguien gana lo que otro pierde” (Puig, 1986, 51). Esto, en parte, explica porque los proyectos de integración regional sólo han servido para garantizar niveles mínimos

de “permisibilidad internacional” pero no para construir una “viabilidad regional” duradera tal como por ejemplo proponía el propio Jaguaribe (1969).

Los países históricamente sólo han dejado de lado este comportamiento cuando aparece alguna iniciativa que amenace los intereses del conjunto, como por ejemplo ocurrió a comienzos del siglo XXI con el ALCA lo que abrió paso a la posibilidad de construir un “contrapoder” que generó “inmidades” frente al poder dominante (Dallanegra, 1998: 93-94). En la negociación del ALCA esta tarea fue llevada adelante por el Mercosur, un foro que, según Leticia Pinheiro, actuó como una “reserva de autonomía de Brasil” en el marco de la búsqueda del gobierno de Fernando Henrique Cardoso (1995-2003) por fortalecer la capacidad negociadora de los países de la región frente a Estados Unidos (Pinheiro, 1999: 61).

Una iniciativa de estas características sería imposible de replicar en un escenario internacional como el actual, no sólo como consecuencia de la prolongada crisis que atraviesa el regionalismo latinoamericano (y que la llegada al poder de la nueva “marea rosa” no logró solucionar, al menos por el momento) sino que la misma crisis del orden mundial liberal ha llevado a poner en jaque incluso al propio multilateralismo, lo que por ende hace más difícil que los países de la periferia puedan implementar políticas de equilibrio (“soft-balancing”) frente a las directrices impulsadas por las grandes potencias.

Habida cuenta de esta situación, las mayores posibilidades de inserción internacional de Cuba se ubican en el plano bilateral, destacándose una serie de países (México, Argentina, Colombia) con los cuales tiene la oportunidad de profundi-

zar los vínculos diplomáticos y comerciales en esta nueva etapa.

De todos ellos México es sin dudas el más importante. Además de los históricos lazos culturales y diplomáticos que unen a ambas naciones, el ascenso al poder de AMLO en 2018 ha contribuido a ahondar la cooperación en el plano político. Una muestra de ello es que, desde esa fecha, el presidente Díaz-Canel ha viajado a México en tres ocasiones y López Obrador también visitó Cuba en el pasado mes de mayo, cuando ambos mandatarios suscribieron convenios en materia de salud y migración.

Luego de esa reunión el presidente mexicano expresó su intención de contratar a 500 médicos cubanos para reforzar el sistema sanitario en las zonas alejadas del país, replicando de esta forma una medida que ya había sido implementada en el 2020 cuando el gobierno de Claudia Sheinbaum (Morena) en la ciudad de México contrató a más de 500 médicos cubanos para hacer frente a la ola de contagios generados por la pandemia del Covid-19.

Esta iniciativa va a permitir que el gobierno cubano pueda hacerse con una importante cantidad de divisas y, una vez más, ratifica la importancia que tiene la exportación de “servicios de salud humana y de atención social” en la economía de la isla. De acuerdo a datos de la Oficina Nacional de Estadística e Información (ONEI) en el 2020 este sector aglutinó el 58,1 % de las exportaciones de servicios del país, no obstante esta situación en los últimos años se ha evidenciado un paulatino descenso en las exportaciones – las cuales pasaron de registrar un total de 6.398 millones de pesos cubanos en el 2018 a 3.997 millones en el año 2020- que coincidió con el retiro de las brigadas medi-

cas de Brasil (donde hasta fines del 2018 había un total de 8000 profesionales que desempeñaban labores medicas en unos 1600 municipios brasileños), Ecuador y Bolivia. El gobierno cubano espera que esta tendencia pueda revertirse tras la llegada al poder de líderes con perfiles “progresistas”.

Más allá de que, desde el punto de vista de la administración Díaz-Canel, es muy importante el respaldo político y económico brindado por López Obrador, es necesario remarcar que México no tiene ningún tipo de intención en convertirse en una nueva Venezuela y que el estrechamiento de los vínculos bilaterales sólo responde a un cálculo político y por lo tanto deben enmarcarse en el intento del mandatario mexicano por abrogarse el liderazgo de la incipiente “marea rosa”.

A esto tenemos que agregar que la afinidad ideológica demostrada por AMLO y Díaz-Canel en el plano político no ha conllevado a un mayor intercambio comercial, sino más bien lo contrario. Según estadísticas de la ONEI las exportaciones de Cuba a México pasaron de 23.941 millones de pesos cubanos en el 2018 a 15.735 millones en el 2020. Las importaciones de México a Cuba, por su parte, también decrecieron de 513.265 millones de pesos cubanos en 2018 a 323.803 millones de pesos en 2020.

De esta forma el flujo comercial se mantiene muy alejado en comparación al que Cuba mantiene con su principal socio comercial en la región Venezuela. A pesar de la profunda crisis atravesada por la economía de ese país, las exportaciones cubanas, por ejemplo, alcanzaron durante el 2020 los 123.751 millones de pesos -lo que convierte a Venezuela en el quinto socio comercial de Cuba, detrás

de Canadá, China, Países Bajos y España-. Aunque estén lejos de los registros alcanzados al inicio de la década pasada, cuando llegaron a superar los 6.000 millones de pesos cubanos, las importaciones venezolanas, por su parte, desde el 2004 en adelante han logrado mantenerse por sobre los 1.000 millones de pesos (en el 2020 por ejemplo alcanzaron un total del 1.062 millones de pesos).

La postura más *dialoguista* de EEUU hacia Venezuela y el aliviamiento de algunas de las sanciones impuestas sobre su infraestructura petrolera (una decisión motivada en buena medida por la Guerra en Ucrania y por la necesidad de paulatinamente reincorporar el petróleo venezolano al mercado internacional para neutralizar el impacto económico generado por las sanciones comerciales impuestas a Rusia) puede contribuir a que estos indicadores crezcan durante los próximos años y a restablecer así los canales de cooperación entre Cuba y Venezuela paralizados como consecuencia de la crisis económica y de la posterior pandemia del Covid-19.

En estos últimos meses ya se han registrado algunos indicios en este sentido, la leve recuperación de la producción petrolífera venezolana (la cual según estadísticas de la OPEP pasó de 569 tb/d⁶ en 2020 a 636 tb/d en 2021(OPEC, 2022) contribuyó a que por ejemplo entre noviembre del 2021 y enero del 2022 la empresa estatal Petróleos de Venezuela (PDVSA) envíe tres cargamentos que contenían alrededor de 197.000 barriles de gasolina para motor, junto con otros productos refinados, a los puertos cubanos de Nuevitas, Matanzas y La Habana, según recogen datos de seguimiento de embarcaciones

6. Voluntary Production Levels.

realizados por la consultora Refinitiv y citados por la agencia Reuters.

El gobierno Díaz-Canel se ilusiona con la posibilidad de que un escenario internacional más “permisivo” y el alto precio del barril de petróleo en el mercado internacional -el barril de petróleo Brent actualmente cotiza alrededor de 93 dólares- contribuyan a consolidar esta aún incipiente tendencia y restablecer la cooperación energética con Venezuela para poder así paliar el creciente déficit energético que padece Cuba. Una situación que ha contribuido a exacerbar el descontento social y que amenaza con poner en jaque la viabilidad del programa de reformas económicas impulsado por la propia administración.

5. Conclusiones

Recapitemos ahora un poco con el fin de intentar responder a los interrogantes planteados al inicio del artículo. Al comienzo del texto lanzamos la siguiente hipótesis: No obstante que el “giro a la izquierda” de América Latina aumenta las posibilidades de inserción internacional de Cuba, este nuevo “marco para la acción” (Cox 1986) no necesariamente tiene porque implicar un beneficio para la viabilidad nacional cubana o generar una mayor permisibilidad internacional para el país, como por ejemplo ocurrió durante el “regionalismo post-liberal” (2003-2015), más aún teniendo en cuenta que, como sostiene Mesa-Lago (2019), actualmente no hay en la región un país capaz de reemplazar a Venezuela en su apoyo económico a Cuba y/o en condiciones de restablecer las bases del proceso de integración regional como por ejemplo hizo el Brasil de Lula a comienzos del siglo XXI.

Luego de analizar los cambios políticos ocurridos en Latinoamérica durante los últimos cinco años, podemos concluir que aunque el advenimiento de la nueva “marea rosa” aumente las posibilidades de inserción internacional de Cuba, sobre todo en el plano bilateral y no tanto en el multilateral, el fortalecimiento de su viabilidad nacional en buena medida va a depender de lo que ocurra con la crisis venezolana. En este sentido concordamos con Mesa-Lago (2019), quien sostiene que a pesar de los esfuerzos para diversificar la balanza comercial todavía sigue sin aparecer en la comunidad internacional un país con la capacidad y la voluntad -política- de reemplazar a Venezuela en su apoyo económico a Cuba (Mesa-Lago, 2019: 263).

Más allá de que el gobierno de López Obrador, a primera vista, pareciera estar interesado en ocupar ese rol, el estrechamiento de los vínculos con Cuba sólo apunta a conseguir un rédito político y por lo tanto deben enmarcarse en el intento del mandatario mexicano por abrogarse el liderazgo de la incipiente “marea rosa”.

Esto, por un lado, es positivo para el gobierno Díaz-Canel ya que demuestra que a pesar de las críticas recibidas tanto a nivel interno como externo la Revolución Cubana sigue ostentando un importante nivel de “soft power” (Nye Jr. 1991) entre los gobiernos de izquierda de la región. Lo negativo, por otro lado, es que a pesar de disfrutar de una mayor capacidad de inserción en relación al período 2017-2021 el mandatario igualmente ha visto como el poder de atracción internacional del país se ha ido deteriorando paulatinamente como consecuencia de su claro sesgo *autoritario* mientras sigue sin poder acceder a los recursos naturales -sobre todo petróleo- que imperiosamente necesita para reactivar la economía, todo esto en el marco

de un contexto internacional “anárquico” y sin ningún tipo de certidumbre en el que incluso el multilateralismo y el propio regionalismo parecieran estar en crisis.

Esta situación resulta sumamente perjudicial para países periféricos como Cuba, ya que impide que la nación caribeña pueda utilizar a los organismos de integración como herramienta para fortalecer su maltrecha viabilidad nacional (como por ejemplo ocurrió con el ALBA a comienzos del siglo XXI) o para hacerse con un mayor margen de permisibilidad internacional (como en su momento le permitió la CELAC). De ahí radica la importancia de que el gobierno cubano evite sobredimensionar la permisibilidad internacional del actual ciclo político, para no volver a incurrir en el mismo error que cometió luego de la llegada a la presidencia de Joe Biden en Estados Unidos y restringir así aún más su margen de acción externo.

A lo largo del texto también hemos buscado hacer hincapié en que el “giro a la izquierda” que actualmente atraviesa Latinoamérica no tiene puntos de comparación con el que experimentó sobre todo Sudamérica a comienzos del siglo XXI.

En esa ocasión los países disfrutaron de un amplio margen de permisibilidad internacional y lograron fortalecer su viabilidad nacional gracias a un conjunto de factores *externos* que posibilitaron una dinámica de crecimiento sostenido. A esto tenemos que añadir que, a pesar de la disputa por el liderazgo regional entablada entre Brasil y Venezuela y de las diferencias que existían entre los modelos de inserción internacional seguidos por ambos países, los gobiernos de Chávez y de Lula supieron dejar sus diferencias de lado y actuar de forma coordinada en los foros internacionales, sobre todo cuando considera-

ban que estaban en juego los intereses de todo el bloque regional (como por ejemplo ocurrió en el caso del ALCA).

En la actualidad, en cambio, los gobiernos deben hacer frente a un escenario internacional como mínimo “hostil” y a una innumerable cantidad de demandas redistributivas en el plano interno que se han agravado aún más como consecuencia de la pandemia del COVID-19. Esto ha llevado a que, a pesar de la afinidad ideológica que existe entre muchos de los mandatarios, los exponentes de la “nueva” izquierda latinoamericana no sólo estén lejos de actuar como un movimiento político coordinado sino que ni siquiera hayan podido consensuar políticas conjuntas para defender los intereses de la región o para tratar de solucionar las crisis políticas registradas en países como Venezuela y Nicaragua.

Una muestra clara en este sentido fue lo que ocurrió en la pasada Cumbre de las Américas, cuando Argentina acordó unilateralmente con EEUU y se *desprendió* de la estrategia diplomática diseñada conjuntamente con México para rechazar las “exclusiones” de Cuba, Venezuela y Nicaragua. Una decisión que fue duramente criticada por la administración López Obrador y que siembra un velo de desconfianza que amenaza con perjudicar los canales de cooperación política construidos por ambos gobiernos durante los últimos tres años. Por eso, más que una nueva “marea rosa” lo que vemos es a un conjunto de países que de forma descoordinada y rigiéndose por una lógica de “auto-ayuda” están intentando encontrar la mejor forma de posicionarse con la esperanza de así poder reducir su vulnerabilidad en un escenario global cada vez más “anárquico” y “hobbesiano”.

A partir de lo expuesto en el artículo, podemos concluir que el actual escena-

rio político regional no va a permitir que Cuba recupere los niveles de autonomía que disfrutó durante el “regionalismo post-liberal”. No obstante que el “giro a la izquierda” de América Latina indudablemente aumenta sus posibilidades de inserción internacional, esto no va a implicar un beneficio para la viabilidad nacional cubana o generar una mayor permeabilidad internacional para el país -al menos en un plazo cercano-.

En este contexto, es que si el gobierno cubano realmente pretende ampliar su autonomía lo que primero debería hacer es dejar de escudarse en el bloqueo de Estados Unidos para justificar sus propias incapacidades y tratar de comprender la dinámica con la que opera un orden mundial en “transición”, para de esta forma tener bien claro cuáles son los *peligros* que se presentan en esta nueva etapa así como las posibilidades de inserción.

En vez de tratar de reeditar un pasado *idealizado* que no va a volver, el gobierno Díaz-Canel, siguiendo la recomendación de Actis y Malacalza, debería apuntar a objetivos de política exterior más modestos y priorizar la creación de “*enclaves de autonomías* a través de diplomacias de nicho”(Actis, Malacalza, 2021:125). Una estrategia de inserción que, como vimos, desde hace décadas Cuba ha venido implementando con éxito en el sector de la salud y que ahora espera relanzar tras la llegada al poder de la nueva “marea rosa”. El desafío en ese sentido será diversificar e institucionalizar los vínculos en esta área para evitar que estos vuelvan a quedar a merced de la voluntad de los gobiernos de turno, mientras paralelamente el país puede explorar las posibilidades de *agencia* que la creciente disputa por esferas de influencia entre Estados Unidos y China ofrece a los países de la periferia.

Bibliografía

Actis, E. y Malacalza, B. (2021). “Las políticas exteriores de América Latina en tiempos de autonomía líquida”. *Nueva Sociedad*, nº 291, pp.114-126. https://static.nuso.org/media/articulos/downloads/5.TC_Actis_Malacalza_291.pdf

Bernal Meza, R. (2013). “Heterodox Autonomy Doctrine: realism and purposes and its relevance”. *Revista Brasileña de Política Internacional*, nº 56 (2), pp. 45-62. <https://doi.org/10.1590/S0034-73292013000200003>

Briceño-Ruiz, J. (2019). “Del saber a la teorización sobre el regionalismo latinoamericano”. *Iberoamericana – Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, nº 48(1), pp. 120–129. <https://doi.org/10.16993/iberoamericana.467>

Briceño Ruiz, J. y Simonoff A. (2017). “La Escuela de la Autonomía, América Latina y la teoría de las relaciones internacionales”. *Estudios Internacionales*, nº 186, pp. 39-89. <http://dx.doi.org/10.5354/0719-3769.2017.45218>

Capdevila, I. *De Gabriel Boric a otros líderes regionales, lecciones de madurez de un presidente precoz*. Diario La Nación. <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/de-gabriel-boric-a-otros-lideres-regionales-lecciones-de-madurez-de-un-presidente-precoz-nid02062022/> (Fecha de consulta: 17/07/2022).

Castañeda, J. *Llega una nueva versión de la marea rosa: un giro a la izquierda*. CNN en Español. <https://cnnespanol.cnn.com/2021/07/29/opinion-llega-una-nueva-version-de-la-marea-rosa-un-giro-a-la-izquierda/> (Fecha de consulta: 17/07/2022).

Cox, R. (1981). “Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory”. *Millennium - Journal of International Studies*, vol. 10,

pp. 126-155. <https://doi.org/10.1177%2F03058298810100020501>

Dallanegra Pedraza, L. (1998). *El orden mundial del siglo XXI*. Ediciones de la Universidad.

Escudé, C. (2012). *El realismo periférico (RP) y su relevancia teórica ante el ascenso de China*. Lumière.

Fondo Monetario Internacional (2022). *La guerra retrasa la recuperación (Informes de Perspectivas de la Economía Mundial, Abril del 2022)*. <https://www.imf.org/es/Publications/WEO/Issues/2022/04/19/world-economic-outlook-april-2022>

Gratius, S. y Puente J. M. (2018). ¿"Fin del proyecto alternativo ALBA? Una perspectiva política y económica". *Revista de Estudios Políticos*, nº 180, pp. 229-252. <https://doi.org/10.18042/cepc/rep.180.08>

Guanipa, M. y Parraga, M. *Venezuela ramps up gasoline, food supply to Cuba—documents*. Agencia Reuters. <https://www.reuters.com/world/americas/venezuela-ramps-up-gasoline-food-supply-cuba-documents-2022-01-13/> (Fecha de consulta: 17/07/2022).

Jaguaribe, H. (1969). "Dependencia y autonomía en América Latina". En Helio Jaguaribe et al. (eds.), *La dependencia político-económica de América Latina* (pp. 23-80). Siglo XXI/CLACSO.

Jaguaribe, H. (1973). *Desarrollo económico y político*. Fondo de Cultura Económica.

Jaguaribe, H. (1979). "Autonomía periférica y autonomía céntrica". *Estudios Internacionales*, 12(46), pp. 91-130. <https://doi.org/10.5354/0719-3769.1979.16458>

Lorenzini, M. E. y Pereyra Doval M. G. (2013). "Revisitando los aportes de las teorías del sur: nexos entre teoría y praxis en Argentina y Brasil". *Relaciones Internacionales*, nº 22, pp. 9-26. <https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/article/view/5160>

Meganoticias. *Debate Primarias 2021: Gabriel Boric y Daniel Jadue - Apruebo Dignidad [archivo de video]*. <https://www.youtube.com/watch?v=Ntz5swLQIY8> (Fecha de consulta: 17/07/2022).

Míguez, M. C. (2017). "La autonomía heterodoxa y la clasificación de las políticas exteriores en la Argentina". *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, vol. 12, nº 2, pp. 207-229.

<https://doi.org/10.18359/ries.2140>

Mesa-Lago, C. (2019). "La economía cubana en el 60 aniversario de la revolución". *Anuario Internacional CIDOB*. https://www.cidob.org/en/articulos/anuario_internacional_cidob/2019/la_economia_cubana_en_el_60_aniversario_de_la_revolucion

Mongan, M. (en prensa). "Cuba y la importancia de la agencia en la autonomía". *Relaciones Internacionales*.

Mongan, M. *El «empate catastrófico» profundiza la crisis del proceso de integración*. Foreign Affairs Latinoamérica. <https://revistafal.com/el-empate-catastrofico-profundiza-la-crisis-del-proceso-de-integracion/> (Fecha de consulta: 17/07/2022).

Moura, G. (1980). *Autonomia na dependência: a política externa brasileira de 1935 a 1942*. Editorial Nova Fronteira.

Oficina Nacional de Estadística e Información. *Series Estadísticas Sector Externo Enero-Diciembre 2020*. <http://www.onei.gob.cu/node/15766> (Fecha de consulta: 17/07/2022).

Oppenheimer, A. ¿Se viene una "marea rosa" en la región? Diario La Nación. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/se-viene-una-marea-rosa-en-la-region-nid12012022/> (Fecha de consulta: 17/07/2022).

Organization of the Petroleum Exporting Countries. *OPEC Monthly Oil Market Report*. https://www.opec.org/opec_web/

- static_files_project/media/downloads/publications/OPEC_MOMR_May-2022.pdf (Fecha de consulta: 17/07/2022)
- Pinheiro, L. y Soares de Lima M. R. (2018). "Between Autonomy and Dependency: the Place of Agency in Brazilian Foreign Policy". *Brazilian Political Science Review*, nº 12(3), pp. 1-22. <https://doi.org/10.1590/1981-3821201800030003>
- Pinheiro, Leticia (1998). "Relações Hemisféricas e Política Regional: Uma Disputa Mercosul-EUA?". En Ricardo Sennes (ed.), *Brasil e a política internacional* (pp. 55-61). FLACSO-Chile/Wilson Center/IDESP.
- Prebisch, R. *El Mercado Común Latinoamericano*. Cepal. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/32866> (Fecha de consulta: 17/07/2022).
- Puig, J. C. (1971). "La vocación autonomista en América Latina: heterodoxia y secesionismo". *Revista de Derecho Internacional y Ciencias Diplomáticas*, 39/40, pp. 60-66. <http://dx.doi.org/10.5354/0719-3769.2017.45218>
- Puig, J. C. (1980). *Doctrinas internacionales y Autonomía latinoamericana*. Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina.
- Puig, J. C. (1984). *América Latina: políticas exteriores comparadas*. Grupo Editor Latinoamericano.
- Puig, J. C. (1986). "Integración y autonomía en América Latina en las postrimerías del siglo XX". *Integración Latinoamericana*, vol. 11, nº 109, pp. 40-62. <https://biblat.unam.mx/es/revista/integracion-latinoamericana/articulo/integracion-y-autonomia-de-america-latina-en-las-postrimerias-del-siglo-xx>
- Rohter, L. *With New Chief, Uruguay Veers Left, in a Latin Pattern*. New York Times. <https://www.nytimes.com/2005/03/01/world/americas/with-new-chief-uruguay-veers-left-in-a-latin-pattern.html> (Fecha de consulta: 17/07/2022).
- Sanahuja, J. A. (2009). "Del "regionalismo abierto" al "regionalismo post-liberal. Crisis y cambio en la integración regional en América Latina". En Laneydi Martínez Alfonso, Lázaro Peña, Mariana Vasquez (coord.), *Anuario de la integración de América Latina y el Gran Caribe 2008-2009* (pp. 11-54). Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES).
- Simonoff, A. y Lorenzini, M. E. (2019). "Autonomía e Integración en las Teorías del Sur: Desentrañando el Pensamiento de Hélio Jaguaribe y Juan Carlos Puig". *Iberoamericana – Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, nº 48 (1), pp. 96-106. <http://doi.org/10.16993/iberoamericana.417>
- Svampa, M. (2017). "Cuatro claves para leer América Latina". *Nueva Sociedad*, nº 268, pp. 50-64. <https://nuso.org/articulo/cuatro-claves-para-leer-america-latina/>
- Tickner, A. y Blaney, David (2012). *Thinking International Relations Differently*. Routledge.
- Vigevani, T. y Cepaluni, G. (2007). "A Política Externa de Lula da Silva: A Estratégia da Autonomia pela Diversificação". *Contexto Internacional*, vol. 29, nº 2, pp. 273-335. <https://doi.org/10.1590/S0102-85292007000200002>
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Addison-Wesley Publishing Company.